

FEMINISMO E ILUSTRACIÓN: RESIGNIFICACIÓN Y EMANCIPACIÓN

M.^a Xosé AGRA ROMERO

Universidad de Santiago de Compostela (España).

AMORÓS, Celia, *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Ediciones Cátedra, col. Feminismos, Madrid, 1997, 463 pp.

“Nadie piensa solo, pero las feministas menos, y menos en un mundo cada vez más endiabladamente complejo y que nos pone cada vez más difícil, por no decir imposible, la tarea filosófica, comprometida críticamente con un movimiento social asimismo difuso y complejo, de intentar pensarlo en conceptos. Y para colmo, en plena crisis de los conceptos”. Estas palabras de Celia Amorós en la Introducción nos sirven de base para entender y atender al esfuerzo filosófico que anima este denso y complejo texto, no por ello menos atractivo, en donde son pertinentes los matices, las distinciones, en el que se despliega una gran capacidad analítica, y al mismo tiempo un alto grado de síntesis y sistematización de los problemas con los que se enfrentan la filosofía y el feminismo contemporáneos. Ese esfuerzo por pensar en conceptos no sólo responde a la tarea filosófica habitual, a la abstracción, al análisis, sino que, en este caso, supone también una destacable contribución práctica. No es fácil resumir en unas páginas todos los elementos que constituyen el entramado de un pensamiento que aborda la reconstrucción histórica y las implicaciones teóricas del vínculo entre Ilustración y Feminismo. La tensión entre estos dos polos se mantiene a lo largo del texto en el que se argumenta de forma rigurosa, polémica y vibrante —de modo que difícilmente el/a lector/a se quede indiferente— combinando la crítica a la Modernidad, a las incoherencias y abstracciones ilustradas y la defensa bien razonada de un feminismo ilustrado, poniendo de manifiesto la *fidelidad crítica* respecto de la Ilustración que requiere un proyecto, como el del feminismo, emancipador.

Dicho de otro modo, la crítica de la razón patriarcal se convierte en un denso y tenso ejercicio de reconstrucción histórica, de crítica y clarificación conceptual que afecta directamente a la noción de sujeto, de racionalidad y de universalidad, ejercicio que no deriva en el descrédito o en el rechazo de dichas nociones sino que responde a la práctica de una hermenéutica —feminista— de la sospecha, marcando las distancias respecto a visiones postmodernas y perspectivas reduccionistas de un complejo proceso como el de la constitución de la subjetividad moderna. El feminismo necesita afrontar la cuestión del sujeto, tal y como se defiende en el capítulo I, pues la crítica postmoderna si ha desconstruido algo, en todo caso, ha sido una versión *inverosímil* del sujeto de la modernidad. Esto es, aquella versión

sesgada, masculina, del sujeto a la que la autora denomina, según una expresión dada en escritos anteriores, el *sujeto iniciático*: “un sujeto desmadrado, en el doble sentido de sujeto salido de madre y sujeto sin madre, inengendrado y generador absoluto de sentido”. Se manifiesta la urgencia de reconstrucción histórica de un *sujeto verosímil* tomando como clave la caracterización sartreana del sujeto, es decir, una concepción del sujeto que incide en su “capacidad de trascendencia” con respecto a características adscriptivas o a situaciones dadas. La capacidad de trascendencia ha de contar como un rasgo definitorio del sujeto idóneo del proyecto feminista. Esta capacidad es la que hace posible el distanciamiento respecto de nuestra identidad de forma que sea posible reinterpretarla y redefinirla. De ahí, pues, su relevancia para la práctica emancipatoria feminista. Dos aspectos merecen destacarse, y la autora explícitamente los resalta, en primer lugar, que la identidad de género es considerada como la “más cardinal y constrictiva de nuestras identidades” y, en segundo lugar, la “tesis fuerte y problemática” de que “hay que postular una hermenéutica constituyente en última instancia” que responda a la idea de que el mecanismo de identificación es un proceso existencial (p.362). Se apunta, por tanto, en la dirección de un modelo de constitución de la subjetividad —opuesto a la política de las identidades— que si bien hay que tener presente para comprender la perspectiva filosófica adoptada, sin embargo, como la propia Celia Amorós indica, nos remite a ulteriores desarrollos. Ahora bien, estos dos aspectos nos permiten determinar el alcance de este libro: un texto de filosofía, de filosofía feminista, y un texto acabado, lo cual no significa que sea un texto cerrado, sino abierto a la reflexión y discusión tanto para lo/as lectore/as como para la propia autora.

La reconstrucción histórica del sujeto de la modernidad no es, por si no fuese evidente, una curiosidad o un ejercicio de erudición, sino que se vincula con el presente que se quiere construir: “*la historia es investigación retrospectiva de nuestra propia problemática, y toda vuelta a los orígenes viene motivada por y desde nuestra propia ubicación en nuestro presente histórico*” (p. 83). Tiene que ver, pues, con la tesis que se sostiene a lo largo de todo el libro, que el feminismo es un producto genuinamente moderno, que mantiene un vínculo genuino con la Ilustración. La reconstrucción arranca desde los orígenes del individualismo moderno, del nominalismo y el Renacimiento. Se examina esta etapa como aquella a la que se aplica, según expresión de A. Heller, “un alborar sin mañana”, es decir, aunque se abren posibilidades para la individualidad y la libertad, estas no dejan de ser excepcionales. Interviniendo en el debate en torno a si hubo o no hubo Renacimiento para las mujeres, la autora introduce una distinción importante, desde el punto de vista de la hermenéutica feminista, entre dos géneros: “memorial de agravios” y “vindicación”. La distinción es pertinente para marcar las diferencias entre un género antiguo y recurrente que no pone en cuestión la jerarquía de poder, ni la heterodesignación, y otro característico de la Modernidad y la Ilustración que supone, justamente, la irracionalización y la deslegitimación del poder patriarcal. En el primer tipo se sitúa a Christine de Pizan, mientras que Poulain de la Barre y Mary Wollstonecraft estarán en el segundo. Tras esta distinción se encuentra la idea de

que el principio de individuación para las mujeres vendrá de la mano de la “vindicación” feminista, de la aparición de una lógica generalizadora, democrática que tiene como referente la idea racionalista e ilustrada de igualdad entre los sexos. El feminismo, por consiguiente, es una tradición moderna, de ahí que no sea factible hablar de un feminismo pre-moderno y, en la medida en que el proyecto ilustrado no está concluido, agotado —aunque por otras razones que las habermasianas— para las mujeres, tampoco parece muy apropiado hablar de un feminismo postmoderno ya que “aquí y ahora no hemos salido todavía del género ‘vindicación’”. No hay, como se trata de mostrar a lo largo de los capítulos, ruptura con el paradigma de la modernidad, sino crítica de un proyecto que presenta incoherencias y abstracciones que reclaman una “Ilustración de la Ilustración”, que presenta al feminismo como un test de Ilustración y al que, a su vez, también se somete al feminismo. Resulta de especial interés la valoración positiva de la Reforma protestante y que brevemente se resume en la afirmación de Goethe, destacada por Amorós, de que “no sabemos todo lo que le debemos a Lutero”. Las mujeres también, puesto que, aun cuando se genera un nuevo modelo de feminidad normativa: “las esposas idóneas”, se abre asimismo un centro hemorrágico, la hermenéutica bíblica juega aquí un papel fundamental.

La historia del sujeto moderno tiene su punto de partida en los nominalismos, y la autora defenderá un nominalismo moderado, no radical o, con otras palabras, postmoderno, estetizante, pragmatista, que mine los presupuestos racionalistas y universalistas del feminismo, que apelando a la imaginación o a la revalorización de lo femenino, reniegue sin embargo de la re-significación y la emancipación o proponga una nueva forma de estoicismo. Esto es lo que comporta la “vindicación”, esta se inscribe en un proyecto ético y político que hunde sus raíces en la pragmatización del cogito cartesiano y que tiene su referente inexcusable, su eslabón perdido, en Poulain de la Barre —entre Descartes y Rousseau— y, más concretamente, en la apelación a *le bon sens* de la humanidad, a la capacidad de juicio y discernimiento frente al prejuicio, la tradición y el argumento de autoridad. En los capítulos II y III, la memoria filosófica feminista reestablece el vínculo, llama la atención sobre “el olvido de las razones” y “las razones del olvido”. Se encuentra la senda de la igualdad, senda, como gusta de resaltar Celia Amorós, no transitada de la Ilustración. El test Poulain: “Lo que confirma al vulgo en su concepción sobre las mujeres es que se ve apoyado por el sentimiento de los sabios”, cuestiona el prejuicio y el argumento de autoridad, el feminismo pasa a considerarse un verdadero test de filosofía “de honestidad epistemológica y de autoexigencia ética y cultural” (p. 162).

En los capítulos IV “Revolución francesa y crisis de la legitimación patriarcal” y V “Conciencia sádica y conciencia romántica. Sobre efectos reactivos y “efectos perversos” de la Ilustración”, se explora el complejo ideológico Ilustración/romanticismo que tiene en Rousseau su referente cercano. Se hace hincapié, en primer término, en la re-significación del lenguaje revolucionario por parte de las mujeres. La apelación a *le bon sens* basta para que las mujeres reclamen su participación en el nuevo espacio público, para mostrar las virtualidades de la razón ilustrada para

irracionalizar el poder, para poner de manifiesto el lenguaje empleado por las mujeres en este momento y, como se desarrolla en el "Excursus: R. Rorty y las 'Tricoteuses'", para insistir, frente a aquél, en que el feminismo no suscribe un universalismo ingenuo sino que pone en cuestión un *universalismo sustitutorio*. Igualmente crítica se muestra con la concepción de Rorty sobre las formas de innovación del lenguaje del oprimido. No es preciso renunciar a los presupuestos universalistas, sino denunciar las incoherencias y asumir la capacidad insólita de irracionalización. Así, la vindicación de la individualidad, de la racionalidad y la universalidad por parte de las mujeres que emerge con la Revolución es un "novum" que, dado que las mujeres no tenemos genealogía, que las mujeres concretas se subsumen en el olvido de las idénticas, va a ser rechazado. La dinámica revolucionaria generará una nueva feminidad normativa, de este modo, se resalta la paradoja de la Ilustración, de un lado sienta las bases de una crítica de toda feminidad normativa, de otra da lugar a nuevas formas de misoginia. La aproximación histórica se combina ahora con la política para dar cuenta de la misoginia romántica. El ideologema misógino de la mujer como simulacro, la feminidad normativa libertina, la metafísica de la sexualidad, son examinados como respuestas reactivas al discurso de la igualdad de las mujeres. Kierkegaard, Sade y Schopenhauer —y en buena medida también Hegel, Nietzsche y Bataille— forman el núcleo de un discurso que ontologizando lo femenino, encarnación paradigmática de la Otriedad, anula toda diferencia individual entre las mujeres reenviándolas al espacio de las idénticas. El "conspecto romántico-libertino" no aporta alternativa emancipatoria alguna a las incoherencias ilustradas más bien se caracteriza por responder a "las modalidades de restauración del mundo del status frente al del contrato" (p.259).

Ilustración/postmodernidad será el centro de los capítulos VI y VII. En primer lugar se analizan las dificultades y el tratamiento requerido, desde una óptica feminista, respecto de las abstracciones ilustradas. Las dificultades resultan del modo mismo como se han generado las abstracciones: "*es decir, con lo que los filósofos postmodernos llaman sus "afueras constitutivos". Toda designación totalizadora que constituye un conjunto, aún los máximamente inclusivos como pretenden serlo las abstracciones ilustradas —los sujetos, los ciudadanos, los individuos— presupone, como su condición de posibilidad, el conjunto de los que quedan fuera como su telón de fondo*" (p. 275). La sustitución del mundo del status, de la jerarquización estamental, por el mundo del contrato, del pacto fraternal renovador de la vida pública-política, tiene su "afuera constitutivo" en el ámbito privado doméstico, en el que la feminidad y la infancia se presentan como reductos estamentales de la modernidad. Ahora bien, el problema en relación con las abstracciones ilustradas no se salda con un rápido expediente sino, precisamente, se torna en el centro de la reflexividad. El feminismo se considera una perspectiva privilegiada sobre la Ilustración que refuerza y radicaliza el carácter universalizador de los conceptos ilustrados y da cuenta de sus centros hemorrágicos, de sus fisuras, de sus incoherencias. Universalizar, no obstante, es condición necesaria pero no suficiente, de ahí la necesidad de las prácticas y programas de acción afirmativa y discriminación inversa. Distanciándose de un nominalismo radical para el que todas las abstracciones

son construcciones discursivas, se argumenta a favor, tanto desde el punto de vista epistemológico como político, de sentar las bases de la irrelevancia de las identidades como forma de enfrentarse a los mecanismos de exclusión.

Con el sugerente título de “El feminismo y la postmodernidad: una *liaison dangereuse*”, la revisión del sujeto de la modernidad conduce a la crítica de las actas de defunción del sujeto, de la razón, de la historia, así como al examen de la posible alianza entre feminismo y postmodernidad. Volviendo sobre las raíces históricas del feminismo y sobre su vínculo con la Ilustración, —coincidiendo básicamente con A. Wellmer y S. Benhabib en su interpretación y diagnóstico de la Modernidad y la Ilustración— Celia Amorós somete a escrutinio el “devenir-femme” de la filosofía e incide en el carácter retórico de la estrategia de feminización. Aplicando la hermenéutica feminista de la sospecha, hace hincapié en que es sintomático que tales posiciones vayan acompañadas de una retirada de la política y de un discurso que, curiosamente, produce “lo femenino sin las mujeres”. Deleuze, Guattari, Derrida, Levinas están ahora en el punto de mira. Pero también aquellas autoras feministas que de algún modo apuestan por una cierta alianza o, quizás, por una feliz coincidencia entre feminismo y postmodernidad (J. Butler, L. Irigaray, N. Fraser). La conclusión que se establece es que la postmodernidad no es un buen partido para el feminismo, no hay que dejarse seducir. Proponiendo, en primer lugar, que el feminismo tiene que saber con quién debe o no aliarse, definiendo con claridad sus necesidades teóricas y prácticas, determinando qué concepción de la racionalidad es la más adecuada a su tarea crítica y a su proyecto de transformación. De ahí que, en segundo lugar, el feminismo tenga que abordar inexcusablemente qué concepción del sujeto es la más apropiada, entrando de lleno en la constitución de la subjetividad. Por último, pues, el postmodernismo no es un buen aliado, la alianza que se requiere es, justamente, la del feminismo, asumiendo el reto de la multiculturalidad, con “una cultura de razones”.

Los siete capítulos que conforman el entramado del libro se complementan con dos Apéndices. En “Ética y Feminismo” y en “Feminismo filosófico español: Modulaciones hispánicas de la polémica feminista igualdad-diferencia” destacaríamos, muy sumariamente, la apuesta por el feminismo de la igualdad, por el proyecto ético ilustrado, frente al feminismo de la diferencia (en especial el vinculado a las posiciones de L. Irigaray, Luisa Muraro y la Librería de mujeres de Milán), uno de los claros referentes polémicos de la autora. No se trata aquí de abarcar, obviamente, toda la riqueza de contenido, de abierta y clara polémica que el texto nos ofrece. Da que pensar y mucho y, como no, que discutir, por eso recomendamos su detenida lectura, un estimulante ejercicio de diálogo filosófico y de reflexión práctica, en el que la “fidelidad crítica” al proyecto ilustrado dista tanto de una infidelidad pasajera, aventurada y aventurera como de una piadosa y estéril fidelidad. Así, la interrogación sobre nuestro presente invita a participar en este diálogo inconcluso, abierto, sin renunciar, volviendo sobre las palabras de Celia Amorós, al esfuerzo por pensar en conceptos. A la filosofía, al feminismo y a las mujeres algo le va en ello.